

nuación de su trabajo. Cabe, no obstante, hacer una observación, que prolonga algo ya apuntado al hablar de sus otros artículos en los números anteriores de esta colección: ¿es realmente la noción de experiencia la noción que permite afrotar las cuestiones planteadas?, ¿continuar por ese camino no conduce a intentar superar a Kant por la vía de Swedenborg y por tanto concediéndole la victoria en su propio terreno? En otros términos: ¿no puede ser a veces el recurso a la experiencia signo de una desconfianza en la capacidad cognoscitiva de la inteligencia? Colin cita en su artículo una observación de Edouard Le Roy: el problema de fondo planteado en la época del modernismo gira en torno a la noción de verdad. Nada más exacto. Es ahí, si se aspira a clarificar la crisis modernista, y no a verse envuelto en ella, donde debe centrarse la investigación, yendo a la raíz del análisis y de la crítica del agnosticismo.

Como decíamos al principio, la lectura de los volúmenes de la colección *Philosophie* es la vía para juzgar del propósito inicial, verificando si en la práctica se ha conseguido realizar ese diálogo y esa comunidad intelectual a la que aspiraba. Cada lector sacará sus propias conclusiones. Por nuestra parte digamos, ampliando anotaciones hechas de pasada, que constituye sin duda un intento laudable, pero que necesitaría ser desarrollado. Añadamos, en este sentido, dos observaciones. En primer lugar, la necesidad de reconsiderar la metodología: un diálogo como el que la colección aspira a fomentar ganaría en eficacia si, manteniendo la diversidad de itinerarios y enfoques, los diversos autores partieran de un análisis en común del *status quaestionis*, lo que les permitiría relacionar entre sí los diversos planteamientos y terminologías, pasando así de números monográficos a obras colectivas. Pero, sin duda, ese *optimum* es mucho más una meta que un punto de partida. De ahí la segunda observación: la conveniencia, para que el diálogo llegue a término, de ir retomando las cuestiones analizadas en cada volumen, de forma que se pueda ir así no sólo apuntando perspectivas, sino conquistando metas.

JOSÉ LUIS ILLANES MAESTRE

Johann AUER - Joseph RATZINGER, *Curso de Teología Dogmática*. III. *El Mundo Creación de Dios*, por J. AUER, Barcelona, Ed. Herder, 1979, 664 pp., 14,5 × 21,5.

Es el tomo III del *Curso de Teología Dogmática* (*Kleine katholische Dogmatik*) compuesto por los prof. J. Ratzinger, actualmente Arzobispo de Munich, y J. Auer. El *Curso* se encuentra vertido ya al castellano en su casi totalidad. Además del presente volumen, el prof. J. Auer ha escrito los volúmenes I (Introducción a la Teología Dogmática), V (El Evangelio de la Gracia), VI (Sacramentos. Eucaristía), VII (Los Sacramentos de la Iglesia) y VIII (La Iglesia). *Scripta Theologica* ofreció en su momento una amplia recensión del tratado sobre la Gracia (10, 1978, 348-354) y del de Sacramentos (12, 1980, 311-316).

El prof. Auer nos presenta uno de los primeros libros sistemáticos sobre la Creación y el Hombre que se escriben después del Concilio Vaticano II. Ha querido incorporar a su obra, como es lógico, las perspectivas recomendadas por el Concilio. No es una tarea fácil. Exige por un lado recoger lo tradicional e insuflar un nuevo aliento a tesis y contenidos cuyo alcance para la fe cristiana no puede ser ignorado. Es preciso asimismo replantear algunos aspectos del método expositivo, con el fin de manifestar adecuadamente las conexiones internas entre las diferentes partes del tratado, destacar los elementos centrales y asignar a cada parte la importancia que le corresponde en el todo.

Finalmente se debe proporcionar un verdadero manual al estudiante de dogmática y una obra útil de consulta al teólogo.

El libro se divide en una introducción y cuatro partes. La introducción (pp. 21-63) comprende la fundamentación bíblica de conjunto y una breve historia de la teología de la Creación. La parte primera presenta la doctrina general sobre la Creación (pp. 64-192), distribuida en tres secciones: El mundo creación de Dios y Dios creador del mundo, Fin último y conservación y Consecuencias de la doctrina sobre la Creación.

La parte segunda trata de las criaturas en particular: el hombre (pp. 221-447) y los ángeles (pp. 448-504). La parte tercera suministra un esbozo de teología de la gracia (pp. 505-562), que viene requerido metodológicamente por las finales secciones acerca del pecado. La parte cuarta trata del pecado (pp. 363-640) y consta de tres secciones: Naturaleza del pecado, El pecado de los ángeles y El pecado del hombre (Historicidad del pecado del hombre; El pecado original).

Fiel a un esquema conocido, cuyas insuficiencias trata de corregir, el autor se muestra sensible a la importancia que el tema de la Creación encierra actualmente para el conjunto de la teología dogmática.

La obra prosigue en efecto una tendencia comenzada ya antes del Vaticano II y que procuraba a) marcar nítidamente las diferencias entre una teodicea y una verdadera teología de la Creación, y b) evitar un fácil desequilibrio en el tratado a favor de lo cosmológico y en perjuicio de los aspectos relativos al hombre.

El Vaticano II ha consolidado estos planteamientos y ha insistido en la importancia sistemática de la teología de la Creación como presupuesto de la Cristología y Soteriología, así como del tratado de los Novísimos. De este modo la exposición dogmática de la Creación se desvincula de un enfoque simplemente polémico y se asocia con gran ventaja a los temas de la elevación y del *opus redemptionis*.

La impresión principal que el libro de Auer produce puede resumirse a nuestro juicio en las siguientes observaciones:

1. Se recogen con nitidez, a lo largo de toda la obra, las afirmaciones dogmáticas pertinentes y se emplea un lenguaje preciso que constituye sin duda uno de los valores más destacables del manual.

2. Se ofrece un excelente resumen de lo que pueden considerarse resultados de la ciencia bíblica solvente acerca de la creación del mundo y del hombre (cfr. pp. 28 s.). Se diría que el autor ha utilizado las mis-

mas fuentes que Juan Pablo II tuvo en cuenta para su catequesis sistemática sobre la Creación, comenzada en noviembre de 1979.

3. Se redistribuye prudentemente el espacio asignado a cada una de las partes tradicionales del tratado. En este sentido se concede al tema del hombre la importancia que merece, sin detrimento de la doctrina general de la Creación. Se incorporan también algunos contenidos que son como anticipaciones del tratado de gracia, exigidos aquí por un tratamiento coherente del hombre creado «en santidad y justicia» y la comisión del pecado original.

4. El autor examina frecuentemente la incidencia de las llamadas discusiones *fronterizas* en la exposición de las verdades sobre la Creación. Lo hace con el deseo de a) mostrar el amplio horizonte temático contemplado por la fe cristiana, y b) iluminar las cuestiones debatidas, que van desde asuntos antropológicos hasta otros vinculados a la ecología, con los criterios perennes de la Palabra de Dios.

En estos incisos, que son alargamientos legítimos de las cuestiones en un tratado de Creación escrito para la época presente, se aprecia todavía una notable falta de elaboración conceptual, explicable sin duda por la dificultad objetiva de algunos temas. De todas formas, el libro no suele ofrecer una formulación clara de las cuestiones que va a considerar. El autor se excede en plantear al lector interrogantes que generalmente quedan sin respuesta. Se incluye al mismo tiempo, dentro del texto, una bibliografía desproporcionada, que contrasta con los escasos resultados que se proponen. Es ésta la parte del tratado que presenta mayores limitaciones y que más deberá enriquecerse en ediciones futuras.

5. Hará falta también proseguir el estudio de la Creación del mundo y del hombre bajo las sugerencias que se contienen en los documentos del Vaticano II, especialmente en las Constituciones *Dei Verbum* n. 2 y *Gaudium et Spes* nn. 5 y 33. Las perspectivas contenidas en estos y otros lugares de la doctrina conciliar no han podido ser agotadas, como es lógico, por el libro del prof. Auer. Son por lo tanto un horizonte y un estímulo que contribuirán a perfeccionarlo y a situarlo plenamente en el lugar destacado que le corresponde entre los tratados sobre la Creación.

JOSÉ MORALES

O. N. DERISI, *Los fundamentos metafísicos del orden moral*, 4.^a ed., Buenos Aires, ed. Universitas, 1980.

El comportamiento ético del hombre constituye un tema de perenne actualidad en la especulación filosófica. A lo largo de la historia, se han sucedido diversos intentos de fundamentación del orden moral de carácter diverso y muchas veces contradictorio.